
TIEMPO DE MEMORIA

Agatha Christie

VEN Y DIME CÓMO VIVES

Una escritora inglesa en Oriente Medio



TUSQUETS
EDITORES

AGATHA CHRISTIE
VEN Y DIME CÓMO VIVES

Traducción de Iris Menéndez

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Come, Tell Me How You Live*

1.ª edición en esta presentación: noviembre de 2022

1.ª edición en colección Andanzas: junio 1987

© 1946 John Mallowan and Peter Mallowan. Todos los derechos reservados.
AGATHA CHRISTIE es una marca registrada de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y el resto del mundo.
Todos los derechos reservados.

Traducción del inglés de Iris Menéndez
Reservados todos los derechos de esta edición por
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-713-2
Depósito legal: B. 18.379-2022
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

<i>Introducción</i>	11
Sentado en un <i>tell</i>	15
Prólogo	19
<i>Partant pour la Syrie</i>	21
Un viaje de reconocimiento	37
El Jabur y el Gaggag	67
Primera temporada en Chagar Bazar	95
<i>Fin de saison</i>	123
Final de viaje	139
La vida en Chagar Bazar	151
Chagar y Brak	175
La llegada de Mac	205
Rumbo a Raqqa	223
Adiós a Brak	235
'Ain el 'Arus	249
Epílogo	259
<i>[Fotografías]</i>	<i>[160-161]</i>

¡Dentro de unas semanas partiremos hacia Siria!

Hacer compras para un clima caluroso, en otoño o invierno, presenta ciertas dificultades. La ropa del verano pasado, que con optimismo una supuso que «serviría», ahora, llegado el momento, «no sirve». Por un lado, parece estar (como las deprimentes anotaciones de las empresas de mudanzas) «abollada, rayada y marcada». (Además de encogida, desteñida y rara.) Por otro lado —¡ay, ay, tener que decirlo!—, aprieta por todas partes.

Por consiguiente..., ¡a las tiendas y grandes almacenes! Y:

—Naturalmente, Madam, no nos piden ese tipo de cosas ahora mismo. Aquí tenemos unos trajecillos encantadores..., los colores oscuros están de rebajas.

¡Oh, detestables rebajas! ¡Qué humillación! ¡Y cuánto más humillante ser reconocida de inmediato como una compradora de rebajas!

(Aunque hay días mejores en que, envuelta en una fina chaqueta negra con un gran cuello de pieles, una vendedora dice alegremente: «Pero, Madam, ¿está segura de que la talla grande es suficiente?».)

Miro los trajecillos con sus inesperados detalles de piel y sus faldas tableadas. Explico entristecida que lo que yo quiero es una prenda de seda o algodón lavable.

—Madam puede probar en nuestro departamento de cruceros.

Madam prueba en Nuestro Departamento de Cruceros..., aunque sin demasiadas esperanzas. La palabra crucero sigue envuelta en un halo de fantasía romántica. La rodea un matiz de Arcadia. Son las chicas quienes hacen cruceros; muchachas delgadas y jóvenes que usan pantalones de hilo inarrugables, con los bajos acampanados y ceñidísimos en las caderas. Es a esas chicas a quienes les sientan deliciosamente bien los Trajes de Recreo. ¡Para esas chicas tienen dieciocho variedades de pantalones cortos!

La encantadora criatura a cargo de Nuestro Departamento de Cruceros apenas es amable.

—Oh, no, Madam, no tenemos tallas especiales. —¡Leve horror! ¿Tallas especiales y cruceros? ¿Dónde está lo romántico?—. No sería compatible, ¿no le parece?

Convengo pesarosa en que no sería compatible.

Queda una esperanza: Nuestro Departamento Tropical.

Nuestro Departamento Tropical consiste principalmente en cascos coloniales: cascos coloniales marrones, cascos coloniales blancos, cascos coloniales de charol. Un poco apartadas, por ser ligeramente frívolas, unas pamelas rebosantes de rosas, azules y amarillos, como brotes de estrafalarias flores tropicales. También hay un enorme caballo de madera y un surtido de pantalones de equitación.

Pero sí, hay otras cosas: algunas prendas adecuadas para las esposas de los Fundadores del Imperio. ¡Shantung! Chaquetas y faldas de shantung de corte sencillo —nada de tonterías juveniles aquí— para satisfacer tanto a robustas como a escuálidas. Entro en un cubículo con varios modelos y tallas. ¡Minutos después me transformo en una *mensabib!*

Tengo mis dudas..., pero las acallo. A fin de cuentas, es fresco, práctico y «quepo» dentro.

Vuelco mi atención en seleccionar el tipo de sombrero adecuado. El tipo de sombrero adecuado no existe en esta época y tengo que encargarme que me lo hagan, lo que no es tan fácil como parece.

Lo que quiero y pienso conseguir, aunque casi con seguridad no conseguiré, es un sombrero de fieltro de proporciones razonables que encaje en mi cabeza. El tipo de sombrero que se usaba hace unos veinte años para sacar a pasear al perro o jugar al golf. Ahora, hoy, solo están las «cosas» que una adjunta a su cabeza —encima de un ojo, de una oreja, en la nuca—, según dicta la moda del momento..., o la pamelita, que mide como mínimo un metro de diámetro.

Explico que quiero un sombrero con una copa como la de la pamelita y aproximadamente la cuarta parte de ala.

—Pero se hacen anchos para que protejan del sol por completo, Madam.

—Sí, pero donde yo voy casi siempre sopla un viento espantoso, y un sombrero con semejanza ala no se mantendría ni un minuto en la cabeza.

—Podríamos ponerle a Madam un elástico.

—Quiero un sombrero con un ala no más grande que la del que llevo puesto.

—Por supuesto, Madam, con una copa poco profunda se vería muy bien.

—¡Nada de copa poco profunda! ¡El sombrero tiene que mantenerse en su sitio!

¡Victoria! Seleccionamos el color; uno de esos matices nuevos con nombres tan bonitos: tierra, herrumbre, cielo, pavimento, polvo, etcétera.

Unas pocas compras menores, compras que, decididamente, sé que serán inútiles o me meterán en líos. Una bolsa de viaje con cremallera, por ejemplo. La vida, hoy en día, está dominada y se ve complicada por la implacable crema-

llera. Blusas y faldas que se abren y cierran con cremallera, trajes para esquiar con cremallera por todos lados. Vestidos ligeros con trozos de cremallera perfectamente innecesarios, solo como adorno.

¿Por qué? ¿Hay algo más terrible que una cremallera que se pone testaruda? Te deja en una situación mucho peor que los comunes y corrientes botones, broches, cierres de presión, hebillas o corchetes.

En los primeros tiempos de las cremalleras, mi madre —estremecida por tan deliciosa novedad— se hizo hacer un par de corsés a medida, con cremallera en la parte de delante. ¡Los resultados fueron sumamente desafortunados! No solo tuvo que librar una dolorosa batalla en la primera subida, sino que después las cremalleras se negaban, con obstinación, a bajar. ¡Quitárselos era prácticamente una operación quirúrgica! Y debido al encantador pudor victoriano de mi madre, durante un tiempo nos pareció posible que viviera el resto de sus días metida en esos corsés: ¡una especie de mujer moderna con corsé de castidad!

Desde entonces, siempre he mirado las cremalleras con cierta desconfianza. Pero parece que todas las bolsas de viaje las llevan.

—Los cierres anticuados han sido totalmente desbanca- dos, Madam —dice el vendedor, observándome con mirada compasiva—. Como usted misma puede ver, es muy simple —dice y me lo demuestra.

No tengo la menor duda acerca de la simplicidad, aunque, pienso para mis adentros, la bolsa está vacía.

—Bien —suspiro—, hay que estar a la altura de los tiempos.

Con cierto recelo, compro la bolsa.

Ahora soy la orgullosa poseedora de una bolsa de viaje con cremallera, una falda y chaqueta de Esposa de Fundador del Imperio, y un sombrero posiblemente satisfactorio.

Todavía queda mucho por hacer.

Paso al departamento de papelería. Compro varias plumas estilográficas; sé por experiencia que aunque en Inglaterra una pluma se comporta de manera ejemplar, en cuanto le aflojas las riendas en los alrededores del desierto, percibe que es libre de declararse en huelga y se comporta en consecuencia, ya sea escupiendo tinta de forma indiscriminada sobre mí, mi ropa, mi cuaderno y todo lo que haya al alcance, ya sea negándose con timidez a no hacer otra cosa que raspar invisiblemente la superficie del papel. También compro dos modestos lápices. Afortunadamente, los lápices no son temperamentales y, por su facilidad para desaparecer, siempre tengo un suministro a mano. Al fin y al cabo, ¿para qué sirve un arquitecto sino para tomar prestados tus lápices?

La siguiente compra son cuatro relojes de pulsera. El desierto no es benigno con los relojes. Después de unas semanas, renuncian al trabajo rutinario e ininterrumpido. El tiempo, dice el reloj, solo es un concepto. Entonces opta por pararse ocho o nueve veces diarias durante periodos de veinte minutos, o por acelerar sin el menor criterio. A veces alterna, cohibido, entre ambas actitudes. Finalmente, se detiene por completo. Entonces uno recurre al reloj de pulsera n.º 2 y así sucesivamente. También adquiero dos relojes baratos en previsión del momento en que mi marido me diga: «Déjame un reloj para el capataz, ¿quieres?».

Nuestros capataces árabes, aunque excelentes, tienen ciertos problemas con los instrumentos que miden las horas. Sea como fuere, aprender a leer la hora exige una buena dosis de esfuerzo mental por su parte. Los puedes ver sosteniendo seriamente del revés un gran reloj de esfera redonda, contemplándolo con una concentración francamente dolorosa, mientras lo interpretan de manera errónea. Su modo de dar

cuerda a esos tesoros es enérgica y tan exhaustiva que muy pocos muelles logran salir bien parados de la prueba.

Así, al final de la temporada, los relojes del personal de la expedición han sido sacrificados uno a uno. Mis dos relojes de quincalla son el medio para aplazar el aciago día.

¡Preparando el equipaje!

Hay varias escuelas de pensamiento en cuanto al modo de hacer las maletas. Están los que empiezan a preparar el equipaje con una semana o dos de anticipación. Están los que juntan unas pocas cosas media hora antes de la partida. ¡Están los embaladores esmerados, insaciables de papel de seda! ¡Están los que desprecian el papel de seda y se limitan a arrojar las cosas dentro de las maletas con la esperanza de que todo salga bien! ¡Están los que se dejan prácticamente todo lo que querían llevarse! ¡Y están los que se llevan inmensas cantidades de cosas que nunca necesitarán!

Pero hay algo que, sin temor a equivocarte, puedes decir acerca de un equipaje arqueológico. Está compuesto principalmente de libros. Qué libros llevar, qué libros pueden llevarse, cuántos libros caben, qué libros pueden (icon gran dolor!) dejarse. Estoy absolutamente convencida de que todos los arqueólogos preparan el equipaje de la siguiente manera: deciden cuál es el número máximo de maletas que una sufrida compañía de Wagons-Lits aceptará. Luego llenan dichas maletas hasta los topes con libros. Seguidamente, y a regañadientes, sacan unos pocos libros y ocupan el espacio así obtenido con camisas, pijamas, calcetines, etcétera.

Paseo la mirada por el cuarto de Max y tengo la impresión de que todo el espacio cúbico está lleno de libros. A través de un resquicio entre estos, detecto su expresión preocupada.

—¿Te parece —pregunta— que tendré espacio para todos estos?

La respuesta es tan obviamente negativa que decírselo me parece una mera crueldad.

A las cuatro y media llega a mi habitación y pregunta esperanzado:

—¿Queda algo de sitio en tus maletas? —Mi larga experiencia debería haberme advertido que tendría que haber respondido con firmeza «no», pero vacilo e inmediatamente me condeno—. Si pudieras llevar una o dos cosas...

—¿Libros?

Max parece levemente sorprendido y dice:

—Claro, libros, ¿qué otra cosa puede ser?

Avanza, con dos inmensos tomos, y apisona el traje de Esposa de Fundador del Imperio, que permanecía con aire satisfecho en lo alto de una maleta.

Lanzo un grito de protesta pero es demasiado tarde.

—Tonterías —dice Max—, isobra sitio! —Fuerza la tapa hacia abajo, que se niega enérgicamente a cerrarse—. Ni siquiera ahora está completamente llena —agrega con optimismo.

Por fortuna, en ese momento lo distrae un vestido de hilo estampado que está doblado en otra maleta.

—¿Qué es eso?

Respondo que se trata de un vestido.

—Interesante —dice Max—. Todos los *motifs* que aparecen en la pechera corresponden a la fertilidad.

Una de las calamidades de estar casada con un arqueólogo es su experto conocimiento para interpretar los diseños más inofensivos.

A las cinco y media, Max comenta con indiferencia que debe salir a comprar algunas camisas, calcetines y otras cosas. Vuelve tres cuartos de hora después, indignado porque

las tiendas cierran a las seis. Cuando le informo de que siempre ha sido así, responde que nunca se había percatado.

Ahora, dice, no tiene nada que hacer salvo «ordenar esos papeles».

A las once me voy a acostar, dejando a Max ante su escritorio (que nadie debe ordenar ni limpiar bajo pena de los más terribles castigos), cubierto hasta los codos por cartas, cuentas, folletos, dibujos de vasijas, innombrables fragmentos de cerámica y varias cajas de cerillas que no contienen cerillas, sino extraños abalorios muy antiguos.

A las cuatro de la madrugada entra exaltado en el dormitorio, con una taza de té en la mano, para anunciar que por fin ha encontrado el interesantísimo artículo sobre los descubrimientos en Anatolia que había perdido en julio. Agrega que abriga la esperanza de no haberme despertado.

Respondo que por supuesto me ha despertado y que lo mejor que puede hacer es traerme una taza de té.

Max vuelve con el té y me dice que también ha encontrado muchísimas facturas que creía haber pagado. Yo también he pasado por esa experiencia. Coincidimos en que es deprimente.

A las nueve de la mañana me convocan como peso pesado de la casa para sentarme encima de las abultadas maletas de Max.

—¡Si tú no logras cerrarlas, nadie podrá! —dice Max con muy poca galantería.

Finalmente logro la sobrehumana proeza solo con la ayuda de los kilos y vuelvo a enfrentarme con mi propia dificultad, que es, tal como mi profética visión me había adelantado, la bolsa con cremallera. Vacía en la tienda, parecía sencilla, atractiva y simplificadora de esfuerzos. ¡Con qué alegría corría entonces la cremallera de un lado a otro! Ahora que la bolsa está rebosante, cerrarla es un milagro de ajuste titánico. Los dos bordes tienen que unirse con precisión

matemática y luego, justo en el momento en que la cremallera se corre lentamente, vienen las complicaciones, debido al espacio que ocupa el neceser que contiene esponjas y artículos de baño. Cuando por fin se cierra, ¡juro que no volveré a abrirla hasta llegar a Siria!

Sin embargo, pensándolo bien, esto no será posible. ¿Qué haré sin la bolsa? ¿Viajaré cinco días seguidos sin lavarme? En aquel momento, ¡hasta eso parece preferible a abrir la cremallera!

Sí, ha llegado el momento y partimos de verdad. Han quedado sin hacer una serie de cosas importantes: la lavandería, como de costumbre, nos falló; la tintorería, para gran disgusto de Max, no ha cumplido sus promesas..., pero ¿qué importa? ¡Nos vamos!

¡Aunque varias veces parece que no lograremos marcharnos! Las maletas de Max, de aspecto engañoso, exceden la capacidad de levantamiento del taxista. Él y Max luchan con ellas hasta que por fin, con la ayuda de un transeúnte, las suben al taxi.

Nos dirigimos a Victoria Station. ¡Queridísima Victoria Station, portal del mundo exterior a Inglaterra!, ¡cuánto me gusta la plataforma desde la que parten ferrocarriles hacia Dover! ¡Y cómo me fascinan los trenes! Aspiro con éxtasis el olor sulfuroso, tan distinto al aceitoso olor de un barco, que siempre me deprime profetizando días nauseabundos por venir. Pero un tren —un tren enorme, rápido y sociable, con su gran locomotora humeante de vapor que parece decir, impaciente: «Tengo que partir, tengo que partir, tengo que partir»— ¡es un amigo! Comparte tu estado de ánimo porque también tú estás diciendo: «¡Partiré, partiré, estoy partiendo, estoy partiendo...!».

Junto a la puerta de nuestro Pullman nos esperan nuestros amigos para despedirnos. Tienen lugar las habituales conversaciones superfluas. Brotan de mis labios las famosas últimas palabras: instrucciones acerca de los perros, los niños, el envío de correspondencia y de libros, de artículos olvidados, «creo que lo encontrarás sobre el piano, pero puede estar en el estante del cuarto de baño». ¡Todas esas cosas se han dicho con anterioridad y no hay la menor necesidad de repetirlas!

Max está rodeado por sus parientes, y yo por los míos.

Llorosa, mi hermana dice que tiene la sensación de que jamás volverá a verme. No me impresiono demasiado porque me lo dice cada vez que voy a Oriente Medio. ¿Y qué debe hacer, pregunta, si Rosalind tiene un ataque de apendicitis? No parecen existir razones para que mi hija de catorce años tenga apendicitis, y solo se me ocurre responder: «¡No la operes tú misma!». Porque mi hermana tiene fama de rápida con las tijeras, con las que ataca imparcialmente furúnculos, cabelleras y vestidos; en general, debo admitirlo, con mucho éxito.

Max y yo intercambiamos parientes y mi querida suegra me pide que me cuide, insinuando, con gran nobleza por su parte, que pienso correr inmensos peligros personales.

Suena el silbato; dirijo unas últimas y frenéticas palabras a mi amiga y secretaria. ¿Hará todas las cosas que dejé sin hacer, recriminará como corresponde a la lavandería y la tintorería, dará buenas referencias de la cocinera y enviará los libros que no pude llevar, recuperará en Scotland Yard mi paraguas, escribirá al clérigo que descubrió cuarenta y tres errores gramaticales en mi último libro, repasará la lista de semillas para el huerto y eliminará calabacines y chirivías?

Sí, hará todas esas cosas y, si se desata alguna crisis en el mundo hogareño o literario, me pondrá un cable. No importa, le digo. Tiene un poder notarial. Puede hacer lo que quiera. Parece alarmada y afirma que será muy cuidadosa. ¡De nuevo el silbato! Me despido de mi hermana y añado, con insensatez, que también yo siento que nunca volveré a verla y que quizá Rosalind tenga un ataque de apendicitis. Disparates, dice mi hermana, ¿por qué iba a tenerlo? Subimos al Pullman, el tren gruñe y arranca. PARTIMOS.

Durante unos cuarenta y cinco segundos me siento fatal, pero en cuanto dejamos atrás Victoria Station el regocijo vuelve a apoderarse de mí. Hemos iniciado el encantador y emocionante viaje a Siria.

Hay algo grandioso y espléndido en un Pullman, aunque no es ni remotamente tan cómodo como un vagón corriente de primera clase. Siempre viajamos en Pullman exclusivamente por las maletas de Max, que un coche corriente no toleraría. Desde que una vez le extraviaron su equipaje facturado, Max no corre riesgos con sus preciosos libros.

Llegamos a Dover, embarcamos y encontramos el mar moderadamente sereno. No obstante, me retiro al *salon des dames*, y reposo y medito con el pesimismo que siempre despierta en mí el movimiento de las olas. Pero pronto llegamos a Calais, y el camarero francés me presenta a un robusto hombre de blusón azul que se ocupará de mi equipaje.

—Madame lo encontrará en la *Douane* —dice.

—¿Cuál es su número? —le pregunto.

El camarero se muestra reprobador al instante:

—*Madame! Mais c'est le charpentier du bateau!*

Me avergüenzo, claro está, para darme cuenta, pocos minutos después, de que esa no es una respuesta. El hecho de que sea el *charpentier du bateau* no me ayudará a identificarlo entre varios cientos de hombres con blusón azul que gritan: «*Quatre-*

vingt treize?», etcétera. Su mero silencio no será suficiente para reconocerle. Más aún, ¿acaso el hecho de ser el *charpentier du bateau* le permitirá distinguir infaliblemente a una inglesa de edad madura entre una multitud de inglesas de edad madura?

En este punto de mis reflexiones, Max se reúne conmigo y me dice que viene con un mozo de cuerda para mi equipaje. Le explico que lo tiene el *charpentier du bateau* y Max me pregunta por qué le permití llevárselo. Todo el equipaje debe estar junto. Coincido con él, pero alego que las travesías por mar siempre debilitan mi intelecto.

—Bien —dice Max—, lo recogeremos y lo reuniremos todo en la *Douane*.

Nos dirigimos a ese infierno de mozos gritones y al inevitable encuentro con el único tipo de francesa verdaderamente desagradable que existe: la aduanera; un ser desprovisto de encanto, en absoluto *chic*, de gracia femenina. Toquetea, espía, dice incrédula: «*Pas de cigarettes?»* y, por último, con un gruñido y de mala gana garabatea sus místicos jeroglíficos en tiza sobre nuestro equipaje. Atravesamos la barrera y salimos al andén, al *Simplon Orient Express* y al viaje a través de Europa.

Hace muchos, muchos años, cuando iba a la Costa Azul o a París, me fascinaba ver el *Orient Express* en Calais y ansiaba viajar en él. Ahora se ha vuelto un viejo amigo de familia, pero la emoción no es menor. ¡Viajaré en el *Orient Express*! ¡Estoy en el *Orient Express*! Estoy realmente en el vagón azul que luce una sencilla leyenda en la parte exterior: CALAIS-ESTAMBUL. Es, sin la menor duda, mi tren predilecto. Me gusta su *tempo*, que a partir de un *allegro con furore* se balancea y traquetea y se agita de un lado a otro en su delirante prisa por abandonar Calais y Occidente, reduciendo gradualmente el ritmo a un *rallentando* a medida que avanza hacia el este, hasta convertirse decididamente en un *legato*.

A primera hora de la mañana del día siguiente subo la persiana y observo las cálidas formas de las montañas suizas, luego el declive hacia los llanos de Italia, pasando junto a Stresa y su lago azul. Más tarde entramos en una elegante estación, que es todo lo que vemos de Venecia, y volvemos a salir, a la vera del mar hacia Trieste y el interior de Yugoslavia. El ritmo es cada vez más lento, las paradas más prolongadas, los relojes de las estaciones muestran horas contradictorias. Al horario de Europa occidental sucede el de Europa central. Los nombres de las estaciones están escritos con letras de aspecto apasionante e inverosímil. Las locomotoras son gordas, parecen cómodas y eructan un humo especialmente negro y malsano. En las listas de los coches comedor los precios están en monedas ininteligibles y aparecen botellas de extrañas aguas minerales. Un francés menudo que está sentado a la misma mesa que nosotros estudia su cuenta en silencio unos minutos, luego levanta la cabeza y encuentra la mirada de Max. Su voz, cargada de emoción, se eleva quejumbrosa: «*Le change des Wagons-Lits, c'est incroyable!*». Al otro lado del pasillo, un hombre moreno con nariz ganchuda exige que le digan el monto de su cuenta en (a) francos, (b) liras, (c) dinares, (d) libras turcas, (e) dólares. Una vez que el sufrido encargado del restaurante satisface su demanda, el viajero calcula en silencio y, con indiscutible talento para las finanzas, paga en la divisa más ventajosa para su bolsillo. Siguiendo este método, nos explica, ha ahorrado cinco peniques en moneda inglesa.

Por la mañana aparecen en el tren los funcionarios de la aduana turca. Se muestran pausada y profundamente interesados en nuestro equipaje. ¿Por qué, me preguntan, tengo tantos pares de zapatos? Son demasiados. Pero no llevo cigarrillos porque no fumo, replico, de modo que no tiene nada de malo que lleve unos cuantos zapatos de más. El aduanero

acepta la explicación. La considera razonable. ¿Y qué es el polvo que contiene ese bote pequeño?

Para las chinches, digo, pero no me entiende. Arruga la frente y se muestra suspicaz. Evidentemente sospecha que paso droga de contrabando. No es para los dientes ni para la cara, señala en tono acusador; ¿para qué es ese polvo, entonces? Hago una vívida pantomima. Me rasco ostensiblemente, cojo a la intrusa. Pulverizo la madera. ¡Ah, ahora se entiende! El aduanero echa la cabeza hacia atrás y se desternilla de risa, repitiendo una palabra en turco. ¡El polvo es para ellas! Repite el chiste a su colega. Siguen sigilosos su camino. Aparece el guía de Wagons-Lits para aleccionarnos. Vendrán con nuestros pasaportes para preguntarnos cuánto dinero llevamos «*effectif, vous comprenez?*». Me encanta la palabra *effectif*..., es la descripción exacta del dinero contante y sonante. «Ustedes tendrán exactamente tanto *effectif*», prosigue el guía. Menciona la cifra. Max protesta: tenemos más. «No importa, decirlo les creará dificultades. Deben responder que tienen una tarjeta de crédito o cheques de viaje y tanto en *effectif*.» Añade, a modo de explicación: «No importa cuánto lleven, pero la respuesta tiene que estar *en règle*. Digan esa cifra».

Poco después se presenta el caballero a cargo de las cuestiones financieras. Anota nuestra respuesta antes de que la demos. Todo está *en règle*. Estamos llegando a Estambul, serpenteando extrañas casas de listones y vislumbrando graves bastiones de piedra y el mar a nuestra derecha.

Estambul es una ciudad enloquecedora... ¡porque cuando estás dentro no la ves! En realidad, solo cuando dejas atrás el lado europeo y vas cruzando el Bósforo hacia la costa asiática ves Estambul. La mañana es hermosa: clara, pálida y brillante, sin niebla, y las mezquitas con sus alminares apuntan al cielo.

—La Sainte Sophie es una belleza —dice un caballero francés.

Todos están de acuerdo con una lamentable excepción: yo. Nunca he admirado, ¡ay!, la Sainte Sophie. Desafortunado fallo de un gusto estragado, pero real. Siempre he considerado que su tamaño es un error. Avergonzada de mis perturbadas ideas, guardo silencio.

Ahora, al tren que espera en Haidar Pacha, y cuando este por fin arranca, el desayuno, un desayuno que uno ansía con ferocidad. Luego una encantadora jornada de viaje bordeando la sinuosa costa del mar de Mármara, salpicado de islas borrosas y atractivas. Pienso por centésima vez que tendría que ser la feliz poseedora de una de esas islas. ¡Extraño deseo el de poseer una isla propia! Aunque tarde o temprano la mayoría de la gente lo experimenta. Simboliza la libertad, la soledad, el desprendimiento de toda inquietud. Sin embargo, sospecho que, hecho realidad, no significaría la libertad sino una cárcel. Con toda probabilidad la casa dependería por entero del continente. Una estaría constantemente haciendo largas listas de pedidos para las tiendas, organizando la forma de aprovisionarse de carne y pan, afanándose con los quehaceres domésticos, pues no es probable que al servicio le guste vivir en una isla, lejos de los amigos y los cines, sin ni siquiera un autobús para reunirse con el prójimo. ¡Una isla en los mares del Sur, siempre imaginé, sería diferente! ¡Allí una comería ociosamente las mejores frutas, prescindiendo de platos, cuchillos, tenedores, de fregar y del problema de la grasa en la pila! De hecho, los únicos isleños de los mares del Sur a los que he visto comer ingerían platos llenos de estofado nadando en grasa, en manteles mugrientos.

No; una isla es, y debe ser, una isla de ensueño. En esa isla no hay que barrer, no hay que quitar el polvo, ni que hacer la cama, ni que lavar, ni que fregar, no hay grasa, ni problemas de comida, listas de la compra, recambio para las

lámparas, peladuras de patatas, cubos de basura. En la isla soñada hay arena blanca y aguas azules... y una casa de cuento de hadas, quizá, construida entre el crepúsculo y el amanecer; el manzano, las canciones y el oro...

En este punto de mis reflexiones, Max me pregunta en qué estoy pensando. Respondo, sencillamente:

—¡En el paraíso!

—¡Ah, espera a ver el Gaggag! —dice.

Le pregunto si es muy hermoso; Max contesta que no tiene la menor idea, pero que se trata de una parte del mundo notablemente interesante de la que nadie sabe nada.

El tren sube en curva por un desfiladero y dejamos el mar a nuestras espaldas.

A la mañana siguiente llegamos a las Puertas Cilicias y contemplo uno de los panoramas más bellos que conozco. Es como estar en el borde del mundo y bajar la vista hacia la tierra prometida, y una siente lo mismo que debió de sentir Moisés. Pero tampoco aquí hay que entrar... La tierna belleza de nebuloso azul oscuro es una tierra que nunca se alcanzará; las ciudades y aldeas reales en las que entres, solo serán el ordinario mundo cotidiano, y no esta arrebatadora maravilla que te cautiva...

Suena el silbato. Volvemos a nuestro compartimento.

Hacia Alepo. Y de Alepo a Beirut, donde nos espera nuestro arquitecto y donde se pondrá en marcha nuestro reconocimiento preliminar de la región del Jabur y el Gaggag, que se concretará en seleccionar la colina adecuada para la excavación.

Porque este, como en el caso de la señora Beeton, es el comienzo de toda la cuestión. Primero escoge tu liebre, afirma la estimable dama.

Así, en nuestro caso, primero elige tu montículo. Y eso es lo que estamos a punto de hacer.